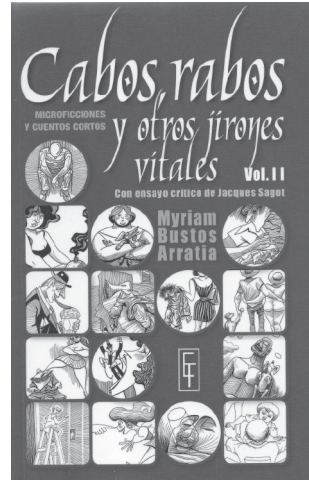


**Bustos Arratia, Myriam**  
(2015). *Cabos, rabos y otros jirones vitales.*

San José, Costa Rica: Editorial Tecnociencia; vol. I (244 páginas) y vol. II (294 páginas).



**Atando cabos...**

**Peggy von Mayer Chaves**

Profesora jubilada Escuela de Filología, Lingüística y Literatura,  
Universidad de Costa Rica

Recibido: 14/04/2015-Aprobado: 24/06/2014

Los códigos fundamentales de una cultura —los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas— fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá.

Michel Foucault

**A**caba de aparecer el vigésimo quinto libro de ficción de Myriam Bustos: *Cabos, rabos y otros jirones vitales*, en dos volúmenes de edición impecable, con profusión de ilustraciones artísticas, tipografía muy cuidada y estéticamente atractiva, tal como exige el respeto al objeto literario y el rigor estético de la autora. El subtítulo explica que se trata de «microficciones y cuentos cortos», cada uno de los cuales viene acompañado de uno o varios epígrafes que funcionan como



Licencia Creative Commons  
Atribución-No-Comercial SinDerivadas  
3.0 Costa Rica.

**ÍSTMICA**

225

Publicado: Octubre 2015

claves semióticas que alumbran, contrastan, ironizan, establecen analogías, amplían o complementan el significado de cada relato.

La microficción es un género discursivo que se distingue, como puede deducirse fácilmente, por el carácter sintético de sus enunciados. Es decir, que se estructura con base en una economía de recursos expresivos. Mijail M. Bajtin afirmó que la elección de un género discursivo determinado

Se define por la especificidad de una esfera discursiva dada, por las consideraciones del sentido del objeto o temáticas, por la situación concreta de la comunicación discursiva, por los participantes de la comunicación, etc. En lo sucesivo, la intención discursiva del hablante, con su individualidad y subjetividad, se aplica y se adapta al género escogido, se constituye y desarrolla dentro de una forma genérica determinada. Tales géneros existen, ante todo, en la totalidad de las múltiples esferas de la comunicación cotidiana, incluyendo a la más familiar e íntima (Bajtin, 1982, p. 267).

La situación se plantea con el menor número de palabras posibles, dejando paso a los códigos secretos de lo implícito, de lo no dicho, del doble sentido, de lo presupuesto. Esta técnica obliga al lector a una labor de decodificación que será más rica cuanto más perspicaz, malicioso, imaginativo y avezado pueda ser. Naturalmente, el resultado de este desciframiento no suele producir un solo significado; puede suceder, como pasa con frecuencia en las microficciones de la autora, que provoquen significados distintos o aun divergentes en diferentes lecturas, circunstancias o estados de ánimo de un mismo lector, y esto los hace fascinantes, porque dan la impresión de que se leen por primera vez. Contribuye a esta sensación el hecho de que, por ser muchos de ellos como pinceladas o esbozos de situaciones existenciales, cotidianas, psicológicas, pueden ser fácilmente olvidadas, pero en cuanto se releen, reviven en la memoria renovadas y cargadas de nuevos sentidos.

La situación del lector es, pues, compleja, porque debe escudriñar los distintos códigos que se ocultan, con aparente inocencia o transparencia, detrás de esta forma narrativa. Este proceso es también, por supuesto, inmanente a la fenomenología del hecho literario, el cual solo es concebible en términos de una situación dialógica entre el texto y el decodificador. Lo que quiero enfatizar es que en textos tan densamente condensados como las microficciones el proceso discursivo que produce la significación implícita obliga a un esfuerzo atento y continuado en el lector.

En palabras simples, considerando el título de la obra como un operador o embrague en relación con el cotexto, el proceso consiste en «atar cabos», acción definida por la Real Academia Española de la Lengua como «reunir o tener en cuenta datos, premisas o antecedentes para sacar una consecuencia».

Atemos unos cuantos cabos:

*El que niega la alcantarilla  
de su ser es un hipócrita.*

*Jacques Sagot:*

*¿Cloaca o catedral?*

*Decisión paterna*

*Cuando fue padre de una niña cuya progenitora falleció poco tiempo después, se hizo cargo de la pequeña.*

*Y se prometió a sí mismo que no iba a permitir que nadie la estrenara.*

*Nadie sino él, se entiende.*

Para señalar el grave problema social de las prácticas incestuosas, más frecuentes de lo que podríamos imaginar en nuestro medio, la autora emplea el mecanismo de la ironía cuando dice que el padre «se hizo cargo» de la niña, y el eufemismo *estrenar* (hacer uso por primera vez de algo) para referirse a la ruptura del himen de la criatura, hecho que, como se sabe, ocurre una sola vez, lo cual no implica, naturalmente, que el padre no siguiera «haciéndose cargo» de la hija. El comentario de un texto tan breve podría servir para todo un análisis psicosocial. En su brevedad, el relato logra conmover provocando diversos sentimientos como indignación, aversión, repudio, asco.

«Enredadera» despliega hiperbólicamente un problema de posesión enfermiza del objeto amado, un caso de inseguridad patológica extrema. «Previsora» hace reír con el sentido práctico y la disponibilidad inmediata de la protagonista.

Algunos relatos referentes a «Escritores, libros, lectores» están aderezados con una crítica socarrona hacia las técnicas y peripecias del que escribe, los recursos que utiliza —plagios, sueños, lecturas— («Recurso desesperado»; «Valoraciones engañosas»). El proceso de recepción de la obra y la relación

con el autor lleva hasta extremos ridículos las consecuencias que genera la fama («Amarrar el asunto») o la percepción de los lectores sobre quienes escriben («Anodino»). El texto cuestiona la actitud de algunos individuos hacia la literatura como objeto de prestigio cultural, pero totalmente exterior a ellos mismos, como quienes hacen mención de nombres y autores famosos sin haberlos leído («Infortunados libros de papel»). En cierto sentido, hay un menosprecio por la ausencia del papel activo que debería ejercerse en el proceso de la comunicación discursiva, aunque, indudablemente, el valor de la literatura no está determinado por factores utilitarios o pragmáticos, sino que alcanza su plenitud en el gozo y complicidad que el lector establece con los libros («Motivación»; «Situación comprensible»; «Amigos voluntariosos»).

La sección denominada «Horóscopos» desmitifica el valor real de estos, y evidencia, con un humor irónico, la «candidez» de los usuarios al darle carácter de veracidad a este tipo de información. «Qué tranquilidad» y «Anuncio Zodiacal» enfatizan la desfachatez de las crédulas señoras:

*El diablo solo tienta a aquel  
con quien ya cuenta.  
Refrán español*

*Continuamente su horóscopo le anunciaba que iba a conocer a alguien  
muy atractivo.  
Por cierto que era una noticia alentadora.  
Pero si eso ocurría, ¿qué iba a hacer con su marido y su amante?*

En ambos ejemplos, los signos sociales apuntan hacia un cuestionamiento de los códigos éticos; obviamente, estas microficciones no se quedan en el simple hecho de señalar la credibilidad en los horóscopos, sino que van más allá al efectuar una crítica social de más amplio espectro semiótico.

El microrrelato «Buscando a Dios» cuestiona el paradigma filosófico-religioso mediante el recurso de la inclusión de un momento contingente donde un hombre que pregunta si está Dios, no recibe respuesta alguna, porque «convenía dejar al preguntón en la duda»:

*(Convenía más que decirle la verdad: que no estaba. Que nunca había estado, en realidad.)*

De hecho, la conclusión es explícitamente atea: al llamar a la puerta, el sujeto emplea el verbo *estar*, un verbo de estado, no de sustancia: está

indagando por la presencia de alguien que ES, un ser, una persona. El proceso lógico-cognoscitivo revela cierta maniobra de manipulación ideológica cuando asevera la conveniencia (¿de quién o de quiénes?) de dejar al sujeto en la duda, en lugar de revelarle «la verdad»: que Dios no estaba y nunca había estado, porque no *es*, por lo tanto, no existe. Obsérvese el artículo *la* antepuesto a *verdad*: es una afirmación categórica, que no deja cabida a ninguna otra posibilidad conceptual. De modo que los presupuestos no son para nada inocentes.

Los relatos referentes a la vejez, en cambio, encierran amargura e impotencia ante la inevitable pérdida de facultades, afectos, belleza, energía, y las consiguientes secuelas de desamor, dependencia, soledad, carencias, enfermedades, desmemorias y otros problemas que se presentan en esta etapa de la vida. En este sentido, son disfóricos, desesperanzadores, considerados en un realismo casi naturalista. Muchos de los relatos de esta temática se encuentran enmarcados en la definición de «jirones vitales» y son más anecdóticos, cotidianos, inmediatos. Por lo mismo, en su inmediatez, no dejan libre juego a la imaginación: son concretos, realistas, desgarradores.

Tenía razón Jacques Sagot cuando afirmó que Myriam Bustos hace literatura de cualquier cosa, cualidad que se relaciona directamente con la extraordinaria habilidad de la autora. Sucede que, al construir modelos de simples situaciones a las cuales el individuo se enfrenta en su cotidianeidad, describe al ser humano en su contingencia, a veces trágica, amarga, ridícula o cómica, con un largo etcétera, desnudando carencias y debilidades, desenmascarando las verdaderas intenciones, la naturaleza cruel, patética y mezquina, algunas veces con ribetes de grandeza, compasión, amor y altruismo, conformando un mosaico de la vida tal cual es. Por ejemplo, «Hija obediente» es una crítica certera a la sociedad patriarcal, falocrática; «Explicaciones absurdas» cuestiona las carencias de la educación sexual y la validez de los ancestrales ritos de paso.

Temas tremendos son abordados desde una perspectiva psicoanalítica que escarba con fino escalpelo en las zonas sombrías del sujeto, como en «Recurso de un lanzador de disco», en «Tal para cual», en «Milagrosamente salvado», o en «Tan tarde»:

*Únicamente cuando su marido la acuchilló varias veces delante de sus hijos pequeños que gritaban, aprendió que los monstruos podían tener el rostro de un individuo común.*

De hecho, los modelos socioculturales conforman una temática constante en la obra de Myriam Bustos, quien tiene una pericia y sagacidad



notables para desmontar los códigos imperantes. El proceso de lectura y comprensión de tantos códigos —temáticos, psicológicos, ideológicos, sociales, simbólicos, etc.—, insertos en los dos volúmenes de *Cabos, rabos y otros jirones vitales*, da oportunidad para desplegar el análisis y la reflexión sobre ese espacio preexistente, conformado en microficciones, género discursivo muy bien aprovechado por la autora.

Puesto que la obra de Myriam Bustos da testimonio de la aseveración de Claude Bremond, quien afirmó que todo relato es un discurso que integra una sucesión de acontecimientos de interés humano, la red de significaciones que se puede generar es extensa. Los apuntes de este breve comentario solo pretenden esbozar algo así como una propedéutica de lectura, una incitación a participar de su universo ideológico, polisémico, social y cultural. Quizá entonces se opere en nosotros lo de la lectora de «Otra virtud de los libros»: *Cada vez que se disponía a leer una nueva obra narrativa de alguno de sus escritores favoritos, estaba segura de que dos o más de sus propias posiciones acerca de la vida se hallaban en riesgo de experimentar un cambio importante. Al fin y al cabo, la literatura es una experiencia discursiva individual que se desarrolla en la medida en que participamos activamente en el circuito de la comunicación. En eso estriba nuestro compromiso.*

## Referencia

Bajtín, M. (1983). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI Editores.